1

Llevo siglos aguardando para relatar mi historia, que no es solo mía, sino de todos aquellos que ingenuamente me creyeron su salvador. Antonio Medina, conocido en su círculo como el Cabezón, era uno de esos hombres que, al igual que muchos otros antes que él, ansiaba escapar de su mediocridad. En mi adorada década de los ochenta del siglo XX, Las Palmas de Gran Canaria se agitaba con un aire de rebeldía juvenil y un aroma salado a prosperidad. Eran años de derroche disfrazados de crecimiento, por lo que Antonio, con su cabeza rebosante de sueños baratos, su terquedad implacable y habiendo pasado la treintena, decidió que era su turno de brillar.

La ambición humana es un vino oscuro y espeso que embriaga a quienes lo beben con la promesa de lo imposible. Lo insaciable no se puede colmar. Pocos alcanzan a resistir su aroma. Se desliza por la garganta como un veneno dulce y, antes de que el seso se percate, se encuentran ahogándose en su propio deseo. ¡Qué placer es observar cómo caen, uno por uno, en la red que yo mismo tejo con paciencia milenaria! Porque al final todos terminan suplicando lo mismo, incluso cuando ni siquiera se han detenido a definirlo: el éxito. Esa ilusión dorada que brillará, aunque sea por un instante, en sus grises vidas, para atraparlos como una llama a una polilla.

Cuando tal ansia arde como una fiebre, se convierte en la mejor herramienta de persuasión que jamás haya existido. Los humanos siempre caen, tarde o temprano, en esa trampa dorada. Es fascinante verlos luchar, ciegos ante el precio que finalmente

deberán pagar. Dejemos para otro momento esa inexorable salvedad de especificar bien lo que se desea, ¿de acuerdo?

Antonio no era una persona de ideas grandiosas ni de talento innato. No. Aquel era un hombre simple con una mente tan tosca como el apodo que le habían otorgado.

En lugar de resignarse a su papel de espectador, optó por montar un bar de rock. *The Rock Palace Bar*, lo llamó. Un nombre pretencioso para un local que, como su dueño, apenas se mantenía en pie. Por supuesto, creyó que unas cuantas bandas locales y una decoración inspirada en los garajes del Detroit más decadente le asegurarían prosperidad. La realidad, sin embargo, es una amante cruel, y la música de la ilusión a menudo constituye el preludio del silencio.

Vació un par de bolsillos de los pocos amigos confiados que se tragaron su quimera para invertirlos en su bebé de hormigón y cerveza. En la foto de la inauguración el *Rock Palace Bar* lució estupendo: paredes de ladrillo visto, barra de metal gastado y un sinfín de discos de vinilo; en una realidad hecha de algo más que papel y buenas intenciones, no tanto. Las noches transcurrían y, aunque las guitarras rugían y las cervezas corrían de mano en mano, la caja registradora no rebosaba con el vil metal. Las cuentas en números rojos se acumulaban como antigüedades olvidadas en las estanterías de un anticuario y la desesperación de Antonio crecía. Es en ese punto, cuando el aire se carga de fracasos y suspiros amargos, que mi presencia se torna casi palpable. Porque nada me resulta más suculento que un alma desesperada, lista para hacer cualquier cosa por un poco de gloria.

Presencié su lucha. Asistí a los intentos de Antonio de atraer a más clientes por todos los medios: rebajar el precio de las bebidas hasta casi regalarlas, organizar concursos de comilonas, e incluso abrir el bar durante el día, como si el sol pudiera iluminar su oscuro destino. El fracaso, sin embargo, ya había clavado su sombra en él.

Ah, la desesperación... ¡Qué exquisita es! Cuando el alma humana se retuerce bajo el peso de sus propios deseos incumplidos,

mis oportunidades se multiplican. No me aparezco con cuernos ni con fuego. Esas vulgaridades son propias de las fantasías de unos cuantos ilusos. No, mi presencia es más sutil, más peligrosa. En aquel caso no era aún el momento de intervenir directamente. Mi sopa de tentaciones se cuece a fuego lento.

En su lugar, envié a un emisario. Un pobre infeliz que me adeudaba más de lo que jamás podría pagar, un hombre cuyo destino ya estaba sellado mucho antes de que entrara en el *Rock Palace Bar*. Se trataba de un vendedor ambulante, de esos que en aquellos días recorrían las calles con maletas repletas de enciclopedias y libros que pocos se molestaban en comprar. Se llamaba Pedro García, un nombre tan común como su vida y, sin embargo, en sus manos portaba la llave para abrir la puerta que Antonio anhelaba.

Pedro —ojos excesivamente juntos, gafas gruesas, una oreja más grande que la otra— apareció un caluroso viernes por la tarde, justo cuando Antonio revisaba sus cuentas por enésima vez, esperanzado en hallar algún error que lo salvara de la ruina. El vendedor entró, con un traje de chaqueta marrón, el rostro cansado y la sonrisa forzada, para ofrecer su mercancía con la desesperación de un hombre consciente de que se juega mucho más que una venta.

—¿Qué quiere? —gruñó Antonio, sin levantar la vista de los números que lo atormentaban, emborronados en un papel de cuadrícula sobre la madera de la barra.

Pedro carraspeó, nervioso.

—Traigo lo que necesita.

Se acercó, arrastrando los pies embutidos en unos zapatos de borlas. El sudor le caía a chorros por su arrugada frente. Antonio, intrigado por aquella afirmación, levantó la cabeza. Con una destreza nacida de años de práctica, el vendedor abrió su maletín marrón, ajado y tan exhausto como él, y comenzó a sacar libros, uno por uno, cada cual más intrascendente que el anterior. Primeros volúmenes de la historia de España, un diccionario médico

de la A a la C, los grandes clásicos de la literatura hispanoamericana.

—¿Me has visto cara de bibliotecario? No me interesa nada de eso.

Antonio le hizo un gesto con la mano para que se marchara. Ignoraba que Pedro era otra alma atada a su palabra y huir no se encontraba entre sus opciones. Suspiró y, con sumo cuidado, metió la mano de nuevo en la maleta para sacar un volumen viejo y polvoriento, cuyas tapas de cuero agrietado susurraban secretos antiguos.

—Este libro —dijo— no es como los demás. Es una rareza, una amalgama de conocimientos poco común. A veces, si uno se queda callado el suficiente tiempo, se le oye susurrar. Ayer, sin ir más lejos, me murmuró el nombre de su bar.

Antonio fijó los ojos en el libro, empujado por una atracción hacia él, a sus ojos inexplicable. Algo en su interior le manifestó que aquel manuscrito era la respuesta a todos sus quebraderos de cabeza y su corazón se aceleró, taquicárdico.

Pedro, consciente de que había captado la atención de su cliente, continuó:

—No es para todos, claro. Hay que saber leer entre líneas, interpretar lo que está oculto. Pero si usted es lo suficientemente valiente, podría encontrar en estas páginas el secreto de eso que tanto desea. La solución a sus problemas.

—¿Qué le hace pensar que tengo algún problema? —Antonio arrugó el ceño, fingiendo molestia. El orgullo es otra de las debilidades humanas que más me entretienen.

—Son las siete de la tarde de un viernes de junio y en este bar estamos usted, el hombre que acaba de ir al retrete y yo.

Pedro empujó el tomo y lo deslizó unos centímetros más cerca de su cliente. Ahí estaba. La tentación. El instante preciso en que se cavilan las posibilidades, la piel que exuda un temor ancestral a las consecuencias y aun así las acalla. Antonio cogió el libro, pero Pedro lo detuvo.

—Tiene usted que pagar el precio antes.

¡Qué sabias aquellas palabras que obtendrían un significado mucho más profundo con el tiempo! Seducido por las posibilidades que albergara el objeto, Antonio cerró la venta. No le preguntó el coste, no le importaba un agujero más en su bolsillo.

—No se arrepentirá —mintió mi querido vendedor infeliz.

Lo que Antonio ignoraba, lo que nunca habría imaginado, era que, con aquel simple acto, ya había firmado su condena. El primer paso hacia su propia perdición.

Cuando Pedro García salió del bar, dejó atrás algo más que un cliente satisfecho: una semilla, una chispa que pronto prendería fuego a la vida de Antonio. Y, mientras el vendedor se alejaba, su propia deuda estaba un paso más cerca de ser saldada. Soy un ser razonable. Un alma por otra es un buen trato.

Antonio, sin saberlo, acababa de abrir una puerta que no podría cerrar. Pero ¿qué son los sueños sin un poco de riesgo? Ah, los humanos, siempre tan dispuestos a arriesgarlo todo por un destello de gloria. Pronto, muy pronto, Antonio aprendería que el dinero no basta para pagar cualquier precio.

Y así, el *Rock Palace Bar* comenzó a transformarse en algo distinto, oscuro y vivo. Por entonces, Antonio se hallaba entretenido, sumergido en la lectura del misterioso manuscrito adquirido, sin saber que cada palabra lo acercaba más a su destino y yo, desde las sombras, sonreía inevitablemente.

Porque, después de todo, ¿qué es la ambición si no el primer paso hacia la condenación?

Qué lección tan valiosa se encaminaba a aprender mi adorado Antonio. Aunque, claro, por esa misma razón no contaría con dedos suficientes para escribir su historia.

Por eso me toca a mí.

Carmen

Cueste lo que cueste

Por mis ovarios que esta vez sí. Esta es la buena. Me lo repito mientras el barco se acerca al puerto de Las Palmas. Dejo que el viento de la mañana me dé en la cara, a ver si me despeja un poco. Me gusta la sensación, es fresca, nueva, aunque en el fondo tengo un nudo marinero en el estómago. Héctor me estrecha la mano y apoya su barbilla en mi hombro. Sus labios me rozan la nuca. Cada día lo veo más delgado y, aunque no gire la cara, sé que continúa con esa expresión de «otra vez nos la jugamos» que le delata. Su mandíbula ovalada se tensa. Se yergue y se pasa la mano por su barba de varios días en busca de algo que comentar, pero no le sale. Lo conozco tan bien que no hace falta. Sé lo que piensa. Lo mismo de siempre: «Carmen, no la liemos esta vez». Su exceso de prudencia es proporcional a la falta de confianza, pero Héctor se equivoca. Estoy convencida de que, en esta ocasión, sí o sí, salimos adelante. Si no, ¿para qué demonios me he dejado media vida en Madrid, incluyendo a la niña?

—¿Estás bien? —me pregunta Héctor, intentando sonar despreocupado.

—Yo siempre estoy bien. No sé tú, pero yo tengo ganas de que esto empiece a moverse ya —le contesto, más segura de lo que estoy. Él me mira con sus ojos oscuros e interrogantes. El truco es fingir determinación hasta que se agarre a las tripas y ya no salga otra cosa que ir con la cabeza bien alta.

El viaje desde Madrid ha sido un coñazo. Primero las despedidas. Mi madre con esa cara de «ya veremos cómo acaba esto», Héctor vendiendo lo poco que nos quedaba y el coche cargado hasta

arriba con nuestras cuatro cosas. Lo peor, lo más duro, ha sido dejar a la niña con mi madre. Esa mujer que me lo recriminaría durante mil vidas, si las tuviera. Y eso que lo hace por la cría, lo sé, pero la manera en que me lo recuerda cada cinco minutos... «Carmen, a ver si ahora haces las cosas bien. No vayas a meter la pata como siempre». Lo siento, mamá, pero no pienso fallar. No te daré ese gusto.

Suena el móvil y ya sé quién es sin mirarlo. El diablo mencionado, que tiene la puñetera habilidad de aparecerse cuando la pienso más de tres veces, como la niña aquella de la ouija que nos contaron en el instituto. Respiro hondo y le doy al botón verde. La pantalla del móvil refleja mi cara cansada, ojeras y todo.

—¿Qué tal la niña? —pregunto sin rodeos porque no me apetece andarme con tonterías.

—Bien. Es una niña, ¿qué preocupaciones tiene? Su desayuno en la mesa, los dibujitos en la tele y un abrazo de su abuela, que la criatura no tiene culpa. La llevé al colegio, aunque se ha ido con el abrigo roto. Te dije que la cremallera no cerraba, Carmen. Siempre lo haces todo a medias.

—Ya... Bueno, ¿y algo más? —la corto. Es mejor hacerlo antes de que empiece la lista de reproches. Ya casi me la sé de memoria.

—No, solo que la niña pregunta por ti. Y por su padre. No sé qué decirle ya...

La culpa me golpea en el pecho, pero no me dejo vencer. «Tienes que hacer esto», me animo.

—Dile que estamos preparándolo todo aquí para que venga y que se porte bien mientras tanto. Ella sabe que mamá y papá se han ido a trabajar. — La mentira sale más fácil de lo que debería. Ni siquiera sé cuándo podremos traerla.

Cuelgo sin una despedida. Héctor me mira de reojo, sabe de sobra que la conversación me deja hecha polvo. No nos decimos nada. No hace falta.

Cuando el barco atraca, bajamos el coche del garaje. Me gustaría quejarme del desorden, de que hay un caos de cajas llenas de ropa y libros que habrá que colocar, pero no es cierto. Tenemos

una maleta grande compartida y una caja con los discos de vinilo de la colección de Héctor. Los que le quedan, porque sé que vendió algunos para pagarnos el billete a Canarias. Me parte el alma haber llegado a esta situación. Pongo mi mano sobre la suya, que descansa sobre la palanca de cambios, y nos sonreímos. Así nos damos fuerzas para continuar y, durante un instante, somos de nuevo Bonnie y Clyde, unidos hasta la muerte, pase lo que pase.

Al llegar al barrio, veo las montañas de la isla al fondo. El aire es más cálido que en Madrid, un poco más húmedo, con olor a sal marina. Hasta conservo la esperanza de que me hidrate la piel y me quite un par de años de encima. Isabel, la hermana de Héctor, nos espera en la puerta de su piso con el pelo recogido en un moño y una sonrisa de medio lado. Presume para sus adentros de hacernos el favor de nuestra vida. Nos saludamos con alegría fingida y sobreactuada y entramos. El olor a café flota en el aire y me revoluciona las tripas. Un ventanal da al patio trasero, donde se ve una palmera que parece haber vivido más años de los que podré aguantar en esta casa.

—Les he dejado el cuarto que hay al lado del baño, subiendo las escaleras.

La desgraciada se compró un dúplex para ella sola. Qué derroche de metros cuadrados y aun así la habitación que nos ha dejado es diminuta. La cama está pegada a la pared y apenas hay espacio para moverse. Una ventana se abre a la calle, por la que no para de pasar gente ruidosa y coches con prisa. En la mesita de noche hay una lamparita más vieja que el Rosario. Me dejo caer en la cama con un suspiro, agotada. A pesar de todo, mejor esto que de dónde venimos, aunque la sensación de estar varada aquí como una ballena en la arena me pesa en los hombros. Héctor se sienta a mi lado. Percibo el calor de su cuerpo, su mano buscando la mía.

Isabel nos ha ofrecido el sitio mientras encontramos casa, lo que será otra odisea; ya nos han avisado de que los pisos aquí son para los turistas y los nómadas digitales, esa gente que es de un país, pero trabaja desde otro con más sol y sin pagar impuestos.

—Carmen, esta es la última bala —dice Héctor en un murmullo, sin mirarme, con la cabeza gacha.

No le contesto, pero sé que tiene razón. Esta es la última oportunidad y no pienso fallar. Aquí, en Las Palmas, o lo conseguimos o nos quedamos sin nada.

Pero con esta bala voy a disparar a matar.



Lo primero que hacemos tras desayunar es ponernos en marcha. No quiero perder ni un minuto. Cuando me detengo demasiado, mi cabeza me juega malas pasadas; es una pista de Fórmula 1 por la que los pensamientos se suceden a demasiados kilómetros por hora. Lo único que los mantiene a raya son las distracciones. Héctor ya se ha encargado de mirar unos cuantos locales en algunas páginas web, pero quiero verlos con mis propios ojos. Es una decisión importante, así que me visto acorde: el único pantalón de traje serio que he comprado jamás, en negro porque soy una hostelera profesional, y un top ajustado en color vino con un escote en V. Enseñar un poco de carne te abre puertas; eso lo aprendí a base de bien en mis diez años detrás de una barra.

—Ponte una camisa, anda —le sugiero con cariño a Héctor, aunque soy yo quien saco la verde aceituna que he elegido del armario—. Hay que vestirse para el trabajo que quieres.

No tendré un duro, pero desde que nos embargaron la casa me he tragado todas las charlas sobre *marketing* que hay colgadas en Youtube, me he apuntado a conferencias gratis *online* y he hecho los cursos que me aconsejó la muchacha del INEM. Es hora de poner mis conocimientos en práctica.

—Al final lo que cuenta es la pasta —se queja Héctor con su habitual ligereza. Detesta ser una molestia—. Si me presentara en calzoncillos con un fajo de billetes de quinientos, les daría igual si fuera tuerto o tuviera una lágrima tatuada en la cara.

—Pero ¿y lo bueno que estás cuando te arreglas?

Le doy un manotazo en el culo y le planto un beso en la boca. Mi Héctor está guapo siempre y ni un millón de deudas hundirá este matrimonio, de eso ya me encargaré yo.

Nos subimos al coche, un cacharro de segunda mano que aguanta a duras penas, y empezamos a recorrer la ciudad. Hay que encontrar un sitio que no se coma nuestros ahorros y el dinero que nos ha prestado mi suegro a escondidas. Cuando toda esta pesadilla acabe, lo llevaremos de crucero, comeremos en bufés y nos quemaremos bajo el sol de las costas griegas.

Qué poco me dura la fantasía al leer carteles de «se vende» en los escaparates de las oficinas. Aquí hasta el aire lo cobran a precio de oro.

—¿Cuál es el primero? —pregunto mientras me pinto los labios de rojo pantera, sentada de copiloto.

—El de Escaleritas.

—¿Eso dónde está?

—Fíate de mí, Carmen, porque no lo vas a entender, aunque te lo explique. No conoces la ciudad.

—Es que hemos tardado cinco años en venir a tu tierra. Siempre viajando tú solo… Que no te lo echo en cara, cariño. El billete es carísimo para los de fuera. Ya podía contar tener una hija medio canaria para el descuento…

—Eso no funciona así. —Héctor ríe de medio lado.

—¿Y qué es lo que funciona bien en este país? —Resoplo. Me observo en un espejo de mano para quitarme el pintalabios de los dientes cuando Héctor gira para aparcar—. Madre mía —digo al ver al tipo que nos espera, un señor repeinado y enchaquetado que apura un pitillo, y siento mi sangre de barrio humilde hervirme en las venas. No pienso agachar la cabeza.

Nada más vernos, el tipo enchaquetado nos repasa de arriba abajo. Me repatea cuando me hacen de menos.

—Este local es ideal para un restaurante de alta gama —nos dice, inflando el pecho como un pavo real.

—Mira, rey, hasta en los restaurantes pijos hay cucarachas correteando por la cocina —respondo yo, cortante—. Llevo en la hostelería toda la vida y huelo un bareto a kilómetros, y este es un local de bareto.

Héctor me da un codazo, pero ni caso. No me quedaré callada como una tonta mientras este me intenta vender la moto.

Entramos al establecimiento. Enorme, con unas ventanas que me hacen sentir en una galería de arte con cuadros de garabatos incomprensibles. La decoración es moderna: barra de madera brillante en la que se refleja mi cara de «ni de coña me lo puedo permitir», una cristalera detrás con muebles negros y elegantes y taburetes de cuero beige. Ya me imagino el pastizal que nos pedirán para adaptarlo a nuestro gusto.

—El alquiler es de dos mil quinientos al mes —dice el pavo real, como si fuera calderilla.

Héctor silba. Yo ataco.

—¿Dos mil quinientos? ¿Qué lleva dentro, una impresora de billetes? Venga ya, esto es un robo.

El tipo sonríe, aunque se le nota el tic en la ceja. Le fastidia que no sea de las que tragan.

—Son treinta y cinco metros cuadrados, señora, y el bar ya cuenta con clientela.

—Ya, y por eso lo traspasan, ¿no?

—¿Sabe por qué no siguen con el negocio? —pregunta Héctor para rebajar la tensión, aunque me importa un comino. Es un timo.

—No puedo darles esa información. El precio es una ganga, tal y como está el mercado por aquí, se lo aseguro.

—Ya… Pues se lo queda el mercado, nosotros seguimos buscando.

Salimos de allí sin mirar atrás. Héctor está nervioso, lo noto, pero no pienso dejar que nos tomen el pelo ni quedarme con lo primero que nos quieran encasquetar. Continuamos con el segundo local, que se encuentra a unos diez minutos en coche y nos han

vendido como «un lugar con encanto». Claro, encanto y telarañas por todos lados. El dueño nos recibe y ya, nada más entrar, me percato de que el hombre es un zorro viejo.

—El local necesita unos pequeños arreglos —dice, señalando un techo que de milagro no nos aplasta ahí mismo.

—Esto necesita más de un exorcismo —le respondo.

Héctor me da un toque en el brazo otra vez. No sé por qué le importa tanto quedar bien con un desconocido. El tipo sigue hablando, nos repite que es un chollo, que la zona es inmejorable y que no encontraremos nada más barato. Héctor, que todavía tiene algo de fe en la humanidad, le pregunta:

—¿En cuánto se queda entonces el alquiler?

—Ochocientos al mes.

—¿Ochocientos por este cuchitril? —le corto yo. Miro a mi marido—. Vámonos. Este tío está flipando.

El propietario intenta convencernos con un descuento, pero yo ya lo he calado. No pienso malgastar tiempo ni dinero en un sitio que se cae a pedazos. Salimos y, al cerrar la puerta detrás de nosotros, observo a Héctor. Está cansado. Y no sólo del día.

—Nos van a comer vivos, Carmen —dice con esa cara que pone cuando está a punto de rendirse. Llueve sobre mojado desde hace meses y la inercia ya no es suficiente para continuar.

—De eso nada. No somos de los que se dejan masticar. Ven.

Lo agarro de la mano, aprieto fuerte y tiro de él. Decido que daremos un paseo. Es un precioso día soleado de abril, sin la panza de burro de la que me habían advertido, supongo que porque no es verano, y a un par de calles ya huele a mar. Evitamos la parte más turística y zigzagueamos por calles que se asemejan más a lo que conozco, a un barrio de una ciudad cualquiera, con gente normal que abre sus negocios, barre la acera y aparca en doble fila.

—No nos podemos permitir nada de esto.

—No estamos buscando, cariño. Ahora solo quiero pasear contigo.

No es verdad, siempre estoy ojo avizor, pero Héctor se desmorona fácilmente y necesita un respiro. Caminamos un rato más largo del que pretendía y seguimos en la casilla de salida, así que me paro a comprar un helado. Las penas saben mejor con azúcar. En ese momento, justo cuando giramos hacia la derecha y empiezo a pensar que todo esto es una pérdida de tiempo, lo veo: es un local más humilde, aunque no destartalado, en una esquina. Tiene las rejas bajadas, el cartel de «se alquila» medio descolorido y los cristales cubiertos de polvo. Pero algo de ese rincón me llama. Quizás es porque está en una parte por donde pasan bastantes coches o porque el tamaño parece ideal, ni grande ni pequeño.

Nos acercamos. Héctor se agacha para ver el número de teléfono pegado en la puerta.

—Esto parece que lleva tiempo cerrado… —comenta mientras anota el número en el móvil.

—Tampoco importa, ¿no? Si nos sale barato, lo arreglamos nosotros y listo —respondo con esa seguridad que me pongo como una armadura.

De repente, una voz cascada suena desde arriba.

—¡No se molesten en llamar! —Nos giramos y vemos a una señora mayor asomada desde un balcón, con un batín con flores y un cigarro en la mano. Tiene ese aire de las abuelas del barrio, de las que se las saben todas y han visto más vidas pasar que un gato—. Ese local estuvo cerrado desde que me jubilé hasta hace un par de años, y tengo ochenta y tres años. Haced cuentas —Le pega una calada al pitillo.

—¿Sabe de quién es? —se adelanta Héctor.

—No tengo ni la más remota idea. Nunca se ha visto al dueño por aquí, lo lleva una inmobiliaria, que yo sepa. ¿Pensáis abrir algo ahí?

—Lo estamos mirando —le contesto, algo desconfiada, pero sin perder la sonrisa.

—Pues yo miraría por otro sitio. Cada vez que alguien pone un negocio ahí, termina peor que como empezó.

Me cruzo de brazos, ahora más intrigada que otra cosa.

—¿Peor? —pregunto a gritos, medio desafiante, porque a mí que me vengan a contar que no puedo hacer algo… me saca la chulería.

La mujer se encoge de hombros con esa sonrisa socarrona que se gastan los que ya no se sorprenden.

—Eso he dicho. El último que lo intentó, un chico que quiso poner una ferretería, acabó liquidándolo todo antes de los seis meses. Se quejaba todo el rato de que le desaparecían las herramientas y que el sitio no daba buena espina. Antes de él, un matrimonio montó un restaurante. Duraron menos que eso. —Hace una pausa para soltar el humo del cigarro—. Y antes de esos hubo unos cuantos más. La lista es larga y yo muy vieja, así que me las conozco como el padrenuestro. Ese sitio está gafado.

Miro a Héctor, que ya tiene cara de «vámonos antes de meter la pata». Él es así, más prudente. Yo, en cambio, no me amilano tan fácil.

—Eso es porque no lo ha intentado la persona adecuada. —La sonrisa se me dibuja casi sin querer. Si algo sé hacer, es sacar adelante lo que me propongo. Nuestra situación actual ha sido un contratiempo para comprobar de qué estamos hechos, nada más.

La señora me mira con esa mezcla de burla y lástima que me pica como sarna. Su falta de fe lo convierte en algo personal.

—Suerte con eso, mi niña —dice con un tono que evidencia que no se lo cree ni por un segundo—. Soy Concha, por cierto, aunque por aquí me dicen doña Concha, que para algo me lo he ganado —se presenta y vuelve a succionar el tabaco.

Cuando se mete dentro, miro de reojo el restaurante que está justo enfrente, *El Mirador*. Enorme, con una terraza que da a la playa y mesas llenas de gente. Un sitio de los de clientela fija y pudiente. Y, por un segundo, el vértigo me araña la boca del estómago. Enseguida me lo sacudo.

—Venga, llamemos —le digo a Héctor, más decidida que nunca—. A este local le vamos a dar la vuelta. Ya verás.